



Diego partió de Argentina en el año 2002 rumbo a España. Llevaba consigo su espíritu aventurero y una carta en su equipaje que un tío suyo le había entregado al saber de su viaje, con la condición de que no la leyese hasta llegar a su destino.

Este joven eligió la ciudad costera de Gandía como lugar de residencia, puesto que allí tenía opción de trabajar. Sin embargo, tras casi dos años en una situación irregular pensó que debería dar por terminada su aventura y regresar a su país.

Entonces recordó la carta de su tío y supo que era el momento de averiguar su contenido. Abrió el sobre con sumo cuidado. Dentro encontró una fotografía antigua en la que aparecían varias personas para él desconocidas, así como datos de los descendientes de un hermano de su bisabuelo Pedro Salafranca, afincados en Ejea de los Caballeros, un municipio al norte de España.

Con esa información en mano no podía hacer otra cosa que ir a visitar aquel pueblo antes de marcharse. Su intención era conocer el lugar del que parecía ser que procedían sus tatarabuelos, pero no imaginaba que encontraría parientes a los pocos minutos de bajar del autobús. Muy cerca de la estación está el cuartel de la Guardia Civil, a donde se dirigió con la fotografía y las referencias que tenía. Enseguida supieron que estaba buscando a los conocidos como “Mantecones” y pudieron ponerse en contacto con Mariano Salafranca, quien resultó ser el nieto del hermano del bisabuelo de Diego y, por tanto, su tío.

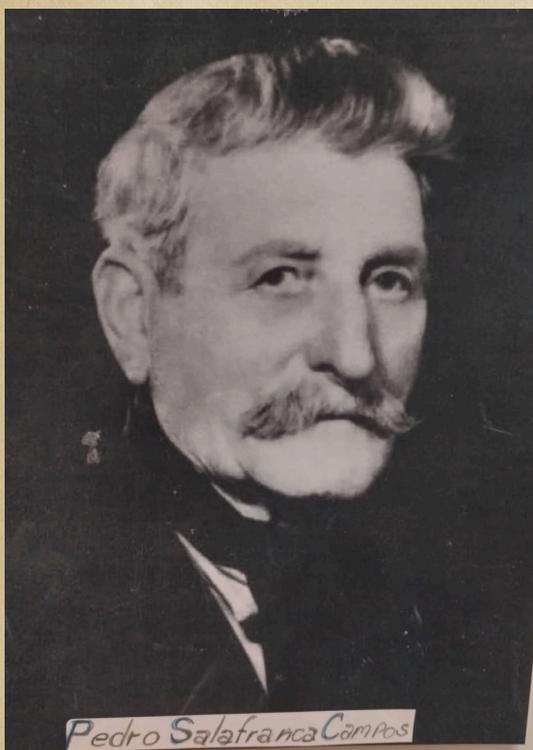
La hospitalidad y afecto con que lo recibieron le animó a quedarse con ellos. Estos familiares tenían una granja y le ofrecieron trabajo, además de ayudarle a legalizar su permanencia en el país. Diego se integró con facilidad, ya que se sentía muy arropado al ser tratado como uno más de la familia.

Su satisfacción fue plena al poco tiempo, cuando su novia Cecilia, que se había quedado en Argentina, decidió hacer el mismo viaje para ir a vivir con él. Mientras se adaptaban a su nueva vida juntos en Ejea se dieron cuenta de que una de las cosas que echaban en falta allí era algún establecimiento donde comer una buena pizza. Entonces pensaron en abrir su propio restaurante de comida argentina, el cual inauguraron en 2005 y sigue en pleno funcionamiento casi veinte años después.

Pero el mayor complemento a su felicidad ha sido su hija Julia, una auténtica ejeana y jotera que, a sus once años, es la evidencia de cómo dos culturas pueden fusionarse con lo mejor de cada una de ellas.

El destino de Diego estaba escrito desde 1870, cuando sus tatarabuelos Santiago Salafranca y María Campos marcharon de Ejea de los Caballeros a Argentina en busca de un futuro próspero. Con gran pesar, tuvieron que dejar al pequeño de sus dos hijos al cuidado de los allegados más próximos, pues era muy probable que un bebé no sobreviviese a tan largo viaje en barco. En ese momento no lo sabían, pero con aquella decisión tan difícil consiguieron que su historia desafiase al tiempo y a las fronteras.

De algún modo, su legado regresó al origen con Diego —habiendo transcurrido un siglo y algo más de tres décadas de su partida—, para volver a encajar todas las piezas de su particular puzle familiar.



A la izquierda: fotografía de Pedro Salafranca, bisabuelo de Diego.

A la derecha: antigua lámina de la Virgen de la Oliva, la cual estuvo en casa de Pedro Salafranca en Argentina y volvió a su tierra después de muchas décadas. Actualmente está en casa de Mariano Salafranca en Ejea.

La cruz fue hecha por Roberto Martín Salafranca (tío de Diego) en Argentina, usando una cuchara que perteneció al bisabuelo Pedro. En unos de sus viajes a Ejea la trajo y la dejó en la iglesia de la Oliva.